

el Santo, que los que tienen la primera humildad se turban y mudan con las adversidades y prosperidades, y diversos sucesos de esta vida; pero á los que tienen la segunda humildad, ni las cosas adversas les turban, ni las prósperas les desvanecen ni engrien, ni causan en ellos vano contentamiento; sino siempre permanecen en un ser, y gozan de grande paz y tranquilidad, como gente que ha alcanzado la perfeccion, y es superior á todos esos sucesos. Al que desea ser tenido en poco y se huelga con eso, no hay cosa que le inquiete ni le dé pena; porque si lo que le podía dar alguna, que es ser olvidado y desestimado, eso desea él, y ese es su gusto y contento, ¿qué le podrá inquietar ni dar pena? Si en aquello en que los hombres parece que le podían hacer guerra siente él mucha paz, nadie le podrá quitar su paz. Y así dice san Crisóstomo (1), que este tal ha hallado paraíso y bienaventuranza en la tierra: *Anima autem, que sic se habet, quid potest esse beatius? Quicumque talis est, is in portu continuo sedet ab omni tempestate liber, et oblectatur in serenitate cogitationum.*

Pues á esta perfeccion de humildad habemos de procurar llegar; y no se nos haga esto imposible, porque con la gracia de Dios, dice san Agustin (2), no solamente á los Santos, sino al Señor de los Santos podemos imitar si queremos; por-

(1) Chrysost. homil. 9 super Genes.

(2) August. serm. 47 de Sanct.

que el mismo Señor dice que aprendamos de él: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* Matth. XI, v. 29. Y el apóstol san Pedro dice que nos dió ejemplo para que le imitemos: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus.* I Petr. II, v. 21. San Jerónimo sobre aquellas palabras de Cristo (1): *Si vis perfectus esse,* dice que de estas palabras se colige manifiestamente que está en nuestra mano ser perfectos, pues Cristo dice: Si quereis. *Quia si dixeris: vires non suppetunt, qui inspector est cordis ipse intelligit.* Prov. XII. Porque si dijéreis no tengo fuerzas, bien sabe Dios nuestra flaqueza; y con todo eso dice que podréis, si quereis; porque él está á punto para ayudarnos si nosotros queremos, y con su ayuda todo lo podremos. Vió Jacob una escala, dice el Santo, que llegaba desde la tierra al cielo, y que subian por ella Ángeles y bajaban; y al fin de la escala en lo alto de ella estaba sentado el todopoderoso Dios para dar la mano á los que subian, y para animarlos al trabajo de la subida con su presencia. Pues procurad vos subir por esta escala y por estos grados que habemos dicho, que él os dará la mano para que llegueis hasta el último escalon. Al caminante que ve de lejos algun puerto muy alto, parecele imposible la subida; mas cuando llega cerca, y ve el camino hollado, hácese muy fácil.

(1) Hieronym. Matth. XIX, 21.

CAPÍTULO XVIII.

De algunos medios para alcanzar este segundo grado de humildad, y particularmente del ejemplo de Cristo nuestro Señor.

Dos maneras de medios se suelen dar comunmente para alcanzar las virtudes morales: el uno es de razones y consideraciones que nos convenzan y animen á ello; el otro de ejercicio y uso de los actos de aquella virtud con los cuales se alcanzan los hábitos. Comenzando del primer grado de medios, una de las mas principales y eficaces consideraciones de que nos podemos ayudar para ser muy humildes, ó la mas principal y eficaz de todas, es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor y Maestro; de lo cual, aunque habemos dicho algo, siempre hay que decir. Toda la vida de Cristo fue un perfectísimo dechado de humildad, desde que nació hasta que espiró en la cruz; pero el bienaventurado san Agustin pondera particularmente para esto el ejemplo que nos dió lavando los piés á sus discípulos en el Jueves de la cena, ya cercano á su pasion y muerte. No se contentó Cristo nuestro Redentor, dice san Agustin, lib. de sanct. virg., con los ejemplos de toda su vida pasada, ni con los que luego habia de dar en su pasion, que tan cercana estaba, donde habia de padecer, como dice Isaías, xxxv,

v. 3, el postrero de los hombres; y como dice el real profeta David, Psalm. XXI, v. 7, oprobio de los hombres y desecho del mundo; sino *Sciens Jesus, quia venit hora ejus, ut transeat ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.* Joan. XIII, v. 1. Sabiendo Jesús que era ya llegada la hora en que se habia de partir de este mundo á su Padre, como tuviese grande amor á los suyos, quísoles mostrar al fin de su vida; y acabada la cena, levántase de la mesa, y quítase sus vestiduras, y cíñese una toalla, echa agua en una bacía, y póstrase á los piés de sus discípulos y á los de Judas, y comienza á lavárselos con aquellas manos divinas, y limpiárselos con la toalla con que estaba ceñido. ¡Oh misterio grande! ¿Qué es esto, Señor, que haceis? *Domine tu mihi lavas pedes?* dice el apóstol san Pedro: ¿Vos, Señor, me lavais á mí los piés? No entendian los discípulos lo que hacia. *Quod ego facio, tu nescis modo, scies autem postea.* Responde el Señor: Ahora no entiendes lo que hago; empero despues lo entenderás, yo os lo declararé. Vuélvese á sentar á la mesa, y declárale el misterio muy de propósito: *Vos vocatis me Magister, et Domine; et bene dicitis, sum etenim. Si ergo ego lavi pedes vestros, Dominus, et Magister, et vos debetis alter alterius lavare pedes.* Joan. XIII, v. 13. Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo siendo vuestro Maestro y Se-

ñor me he humillado y os he lavado los piés, vosotros habeis de hacer lo mismo unos con otros. *Exemplum enim dedi vobis, ut quem admodum ego feci vobis, ita et vos faciatis*: Os he dejado ejemplo para que aprendais de mí y hagais como yo. Ese es el misterio: que aprendais á humillaros como yo me he humillado. Es tan grande por una parte la importancia de esta virtud de la humildad, y por otra la dificultad que hay en ella, que no se contenta con tantos ejemplos como nos habia dado, y tenia tan á la mano para darnos, sino como quien conocia bien nuestra flaqueza, y tan bien habia tomado el pulso á nuestro corazon, y tenia bien entendida la malicia del humor de que pecaba nuestra dolencia, cargó tanto la mano en esta parte, y puso esta, entre las postreras mandas de su testamento, por su última voluntad, para que quedase mas impresa en nuestros corazones.

Sobre aquellas palabras de Cristo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, exclama san Agustin (1): *O doctrinam salutarem! O Magistrum, Dominumque mortalium, quibus mors poculo superbiam propinata, atque transfusa est! Quid ut discamus à te venimus ad te?* Matth. xi, v. 29. ¡Oh doctrina saludable! ¡Oh Maestro y Señor de los hombres, á los cuales por la soberbia les entró la muerte! ¿Qué es, Señor, lo que quereis que vamos

(1) August. lib. de sanct. virgin. c. 34.

á aprender de Vos? Que soy manso y humilde de corazon. Esto es lo que habeis de aprender de mí: *Hucine redacti sunt omnes thesauri sapientiam, et scientiam absconditi in te; ut pro magno discamus à te, quoniam mitis es, et humilis corde?* ¿En eso sehan resumido todos los tesoros de la sabiduría y ciencia del Padre escondidos en Vos, que por gran cosa digais que vamos á aprender de Vos que sois manso y humilde de corazon? *Ita ne magnum est esse parvum, ut nisi à te, qui tam magnus es, fieret, disci omnino non posset?* ¿Tan grande cosa es hacerse uno pequeño, que si Vos que sois tan grande no os hiciérais pequeño, no hubiera quien lo pudiera aprender? Sí, dice san Agustin (1), tan grande cosa es y tan dificultosa humillarse y hacerse pequeño, que si el mismo Dios no se hubiera humillado y hecho pequeño, no acaban los hombres de humillarse. Porque no hay cosa que tengan tan metida en las entrañas, y tan entrañada en el corazon, como este apetito de ser honrados y estimados. Y así todo eso fue menester para que seamos humildes. Tal medicina como esta requería la enfermedad de nuestra soberbia: á tal llaga tal cura. Y si esta medicina de haberse Dios hecho hombre y humillándose tanto por nosotros no cura nuestra soberbia, no sé, dice san Agustin, con qué se podrá curar: *Hæc medicina, si superbiam non curat, quid eam curet nescio*. Si

(1) August. Domin. 2 Quadrag. serm. 1.

ver al Señor de la majestad tan abatido y humillado no basta para que nosotros nos avergoncemos de desear ser honrados y estimados, y nos tome gana de ser despreciados y abatidos con él y por él, no sé qué ha de bastar. Y así Guerrico abad, admirado y convenido con tan grande ejemplo de humildad, exclama y dice lo que es razon que nosotros digamos y saquemos de aquí: *Vicisti Domine, vicisti superbiam meam; ecce do manus in vincula tua, accipe servum sempiternum*: Vencido habeis, Señor, vencido habeis mi soberbia; atado me habeis de piés y manos con vuestro ejemplo; yo me rindo y entrego por esclavo vuestro para siempre.

Es tambien maravilloso pensamiento á este propósito aquel del glorioso Bernardo, serm. 1 de Advent. Vió, dice, el Hijo de Dios que dos criaturas nobles, generosas y capaces de la bienaventuranza, que Dios habia criado, se perdian por querer ser semejantes á él: crió Dios los Ángeles, y luego Lucifer quiso ser semejante á Dios: *In cælum conscendam: super astra Dei exaltabo solium meum, sedebo in monte testamenti in lateribus Aquilonis, ascendam super altitudinem nubium, similis ero Altissimo*, Isai. c. xiv, v. 13; y llevó tras sí á otros: échalos Dios luego en el infierno, y de Ángeles quedaron hechos demonios: *Veruntamen ad infernum detraheris, ad profundum laci*. Cria Dios al hombre, y luego el demonio

le pega su lepra y su ponzoña: *Eritis sicut Di, scientes bonum, et malum*, Genes. iii, v. 5: engolosináronse de que les dijo que serian como Dios, y quebrantaron su mandamiento, y quedaron semejantes al demonio. Dijo el profeta Eliseo, IV Reg. v, v. 27, á su criado Giezi, despues que tomó los dones de Naaman leproso: Tomaste la hacienda de Naaman; pues la lepra de Naaman se te pegará á tí y á todos tus descendientes eternamente. Este fue el juicio de Dios contra el hombre, que pues él quiso la riqueza de Lucifer, que fue la culpa de su soberbia, tambien se le pegase la lepra de él, que fue la pena de ella. Pues veis aquí tambien al hombre perdido, y comparado con el demonio porque quiso ser semejante á Dios. ¿Qué será bueno que haga el Hijo de Dios, viendo á su eterno Padre celar y volver así por su honra? *Ecce, inquit, occasione mei creaturas suas Pater amittit*: Veo, dice, que por mi ocasion pierde mi Padre sus criaturas: los Ángeles quisieron ser como yo, y se perdieron; el hombre tambien quiso ser como yo, y se perdió: todos tienen envidia de mí, y quieren ser como yo. Pues, *ecce venio, et talem eis exhibeo me ipsum, ut quisquis invidere voluerit, quisquis gestierit imitari, fiat ei emulatio ista in bonum*, advertid: Yo iré en tal forma, dice el Hijo de Dios, que de aquí adelante el que quisiere ser como yo, no se pierda, sino se gane. Para esto bajó el Hijo de Dios del cielo, y se hizo

hombre. ¡Oh! bendita, ensalzada y glorificada sea tal bondad y misericordia, que condescendió Dios con el apetito tan grande que teníamos de ser semejantes á él, y ya no con mentira y falsedad, como el demonio dijo, sino con verdad; ya no con soberbia y malicia, sino con mucha humildad y santidad, podemos ser como Dios.

Y sobre aquellas palabras: *Parvulus natus est nobis*, Isai. ix, v. 6, dice el mismo Santo: *Studeamus effici sicut iste parvulus, discamus ab eo, quia mitis est, et humilis corde, ne magnus Deus sine causa factus sit homo parvulus*. Bern. hom. 3 sup. Missusest. Pues que Dios, siendo tan grande, se hizo por nosotros pequeño, procuremos nosotros humillarnos y hacernos pequeños, porque no sea sin fruto para nosotros el haberse Dios hecho niño y pequeño: *Quia nisi efficiamini sicut parvulus iste, non intrabitis in Regnum cælorum*: Porque si no os hacéis como este niño, no entraréis en el reino de los cielos.

CAPÍTULO XIX.

De algunas razones y consideraciones humanas de que nos tenemos de ayudar para ser humildes.

Desde el principio de este tratado hemos ido diciendo otras muchas razones y consideraciones que nos pueden ayudar y animar mucho á esta virtud de la humildad, diciendo que es raíz y fundamento de todas las virtudes,

atajo para alcanzarlas, medio para conservarlas, y que si tenemos estas las tendremos todas, y otras cosas semejantes; pero porque no parezca que lo queremos llevar todo por la vía del espíritu solamente, será bien que digamos algunas razones y consideraciones humanas, que son más connaturales y proporcionadas á nuestra flaqueza; porque así convencidos, no solamente por vía de espíritu y de perfección, sino de la misma razón natural, nos animemos y aficionemos más á despreciar la honra y estimación del mundo, y á seguir el camino de la humildad, que todo es menester para una cosa tan dificultosa como esta, y así es bien que nos ayudemos de todo. Pues sea lo primero, que nos pongamos á considerar y examinar muy de espacio y con atención qué cosa sea esta opinión y estimación de los hombres, que tanta guerra nos hace y tanto nos da en que entender: veamos el tomo y peso que tiene, para que así lo tengamos en lo que es, y nos animemos á despreciarlo, y no andemos tan engañados como andamos. Dijo muy bien Séneca que hay muchas cosas que juzgamos por grandes, no porque tengan en sí grandeza, sino porque es tanta nuestra vileza y poquedad, que lo pequeño nos parece grande, y lo poco mucho: y trae el ejemplo del peso que llevan las hormigas, que conforme á su cuerpo nos parece muy grande, siendo él en sí muy pequeño. Pues así es esto de

la honra y estimación de los hombres; sino pregunto yo: ¿Sois mejor porque los otros os tengan en algo, ó peor porque os tengan en menos? No por cierto. Dice muy bien san Agustín (1): *Nec malam conscientiam sanat præconium laudantis, nec bonam vulnerat convitiantis opprobrium*: Ni al malo le hace bueno ser alabado y estimado, ni al bueno le hace malo ser deshonorado y vituperado (2). *Senti tu de Augustino quidquid libet, sola me in oculis Dei conscientia non accuset*: Siente tú de Agustín lo que quisieres, lo que yo querría es que mi conciencia no me acusase delante de Dios; esto es lo que hace al caso, lo demás es vanidad, pues ni quita ni pone. Esto es lo que dice aquel Santo (3): «¿Qué mejoría tiene el hombre porque otro le alabe? Cuanto cada uno es en los ojos de Dios, tanto es y no más,» como dice el humilde san Francisco, ó por mejor decir el apóstol san Pablo: *Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est, sed quem Deus commendat*. II ad Cor. x, v. 18.

Trae san Agustín una buena comparación á este propósito (4): *Est enim superbia, non magnitudo, sed tumor: quod autem tumet, videtur magnum, sed non est sanum*: La soberbia y estimación del mundo no es grandeza, sino viento é hinchazón; y así como cuando una cosa

está bien hinchada, parece grande y no lo es, así los soberbios, que son tenidos y estimados de los hombres, parecen grandes, pero no lo son; porque no es grandeza aquella, sino hinchazón. Hay unos convalecientes ó enfermizos que parece que están gordos y buenos, y no es aquella buena gordura, sino falsa, es enfermedad é hinchazón. Así, dice san Agustín, es el aplauso y estima del mundo; puedes hinchar, pero no os puede hacer grande. Pues si es así, como lo es, que la opinión y estima de los hombres no es grandeza, sino hinchazón y enfermedad, ¿para qué andamos como camaleones, abiertas las bocas, papando viento, para con eso quedar hinchados y enfermizos? Mejor le es á uno estar sano, aunque parezca enfermo, que estar enfermo, y parecer sano: así también mejor es ser bueno aunque sea tenido por ruin, que ser ruin y ser tenido por bueno. Porque, ¿qué os aprovechará ser tenido por virtuoso y espiritual, si no lo sois? *Et laudent eam in portis opera ejus*. Prov. xxxi, v. 31. Dice san Jerónimo sobre estas palabras: No son los vanos loores de los hombres, sino vuestras buenas obras las que os han de alabar y valer cuando parezcáis en juicio delante de Dios.

Cuenta san Gregorio, lib. 4 Dialog., c. 38, que en un monasterio de Iconia había un monje del cual tenían todos mucha opinión de san-

(1) August. lib. 3 contra epist. Petilianæ Donatistæ.

(2) August. lib. unico contra Secun. Manich. cap. 1.

(3) Thom. de Kempis.

(4) August. serm. 16 de tempore.

to, especialmente de muy abstinente y penitente. Llegándose la hora de su muerte, llamó á todos los monjes: ellos fueron muy alegres, pensando oír de él alguna cosa de edificacion; pero él temblando y muy angustiado fue compelido interiormente á decirles su estado, y así les declaró como estaba condenado por haber sido toda su vida hipocresía, porque cuando ellos pensaban que ayunaba y hacia mucha abstinencia, comía secretamente sin que nadie lo viese: y por eso, dice, soy ahora entregado á un terrible dragon, el cual con su cola me tiene trabados y atados mis piés: ya entra su cabeza en mi boca para sacar y llevar mi ánima consigo para siempre; y diciendo esto, espiró con grande espanto de todos. ¿Qué le aprovechó á este miserable el haber sido tenido por santo?

San Atanasio (1) compara á los soberbios que buscan honras á los niños que andan cazando mariposas. Otros los comparan á las arañas, que se desentrañan tejendo sus telas para cazar moscas, conforme á aquello de Isaías, LIX, v. 5: *Telas aranea texuerunt*; así el soberbio se desentraña y echa los hígados, como dicen, para alcanzar un poco de honor humano. Del Padre san Francisco Javier leemos en su vida, l. 6, c. 8, que tenía y mostraba siempre particular odio y aborrecimiento á esta opinion y estima del mundo; porque

(1) Athanas. homil. de simil. cap. 27.

decía que era causa de grandes males é impedía muchos bienes, y así le oían decir algunas veces con grande afecto y gemidos: ¡Oh opinion! ¡oh opinion y estima de los hombres, cuántos males has hecho, haces y harás!

CAPÍTULO XX.

De otras razones humanas que nos ayudarán para ser humildes.

San Crisóstomo (1) sobre aquellas palabras de san Pablo: *Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem*; va probando muy de propósito que el soberbio y arrogante no solo es malo y pecador, sino loco: y trae para esto aquello de Isaías, XXXII, v. 6: *Stultus enim fatua loquetur*: El loco dirá locuras, y por las locuras que dice entenderéis que es loco. Pues mirad las locuras que dice el soberbio y arrogante, y veréis como es loco. ¿Qué es lo que dijo el primer soberbio, que fue Lucifer? *In cælum conscendam: super astra Dei exaltabo solium meum, sedebó in monte testamenti, in lateribus A quilonis: ascendam super altitudinem nubium, similis ero Altissimo*. Isai. c. XIV, v. 13. Subiré al cielo, y pondré y ensalzaré mi asiento sobre las nubes, y allá encima de las estrellas, y seré semejante al Altísimo. *Quid stultius?* ¿Qué cosa mas loca y desatinada? Y en el capítulo x pone unas palabras muy arrogantes y

(1) Chrysost. homil. 20 super epist. ad Rom. XII, 3.

locas de Asur, rey de los asirios, con que se gloriaba que con su mano poderosa habia vencido y sujetado á todos los reyes de la tierra: *Et invenit quasi nidum manus mea fortitudinem populorum: et sicut colliguntur ova, quæ derelicta sunt, sic universam terram ego congregavi, et non fuit, qui moveret pennam, et aperiret os, et ganniret*. Isai. x, v. 14. Como quien toma de un nido los pajaritos pequeños que crian las aves, como quien va á recoger los huevos que han dejado; así, dice, tomé yo toda la tierra con esa misma facilidad, que no hubo quien se menease ni osase abrir la boca ni chistar. ¡Qué mayor locura! dice san Juan Crisóstomo. Y trae allí otras muchas palabras de soberbios, en las cuales muestran bien su locura; de tal manera, que si no oís sus palabras, no podeis conocer si acaso son palabras de hombre soberbio, ó de alguno que está verdaderamente loco, segun son de locas y desatinadas: y así vemos acá que como los locos nos mueven á risa con las locuras que dicen y hacen, así tambien los soberbios dan materia de risa y conversacion con las palabras que dicen arrogantes, y que redundan en su loor, y con los meneos y autoridad con que andan, y con el caso que quieren se haga de ellos y de sus cosas, y con la estimacion en que ellos las tienen. Y añade san Crisóstomo (1), que es peor locu-

(1) Chrysost. homil. 29 ad populum Antiochenum, tom. 5.

ra la del soberbio, y digna del mayor vituperio é ignominia, que la natural; porque esta no trae consigo culpa ni pecado alguno, y aquella sí. De donde se sigue otra diferencia entre estas dos locuras, que los locos naturales causan compasion, y mueven á que todos se dueñan y compadezcan de su trabajo; pero la locura de los soberbios no mueve á compasion ni misericordia, sino á risa y escarnio.

De manera que los soberbios son locos, y así tratamos con ellos como con tales. Porque así como condescendeis con lo que dice el loco para tener paz con él, aunque ello no sea así, ni vos lo sintais así, y no le quereis contradecir porque está loco; de esa manera hacemos con los soberbios. Y reina tanto el día de hoy este humor y locura en el mundo, que apenas se puede ya hablar con los hombres sin lisonjearlos, y decir de ellos lo que verdaderamente no es así, ni vos lo sentís así. Porque gusta tanto el otro de entender que contentan y parecen bien sus cosas, que para contentarle y ganarle la voluntad no sabeis mejor entrada que alabarle. Y esta es una de las vanidades y locuras que dice el Sábio que vió en el mundo; ser alabados los malos, por estar en lugares altos, como si fueran buenos: *Vidi impios sepultos, qui etiam cum adhuc viverent, in loco sancto erant, et laudabantur in civitate quasi justorum operum; sed et hoc vanitas est*. Eccles. VIII, v. 10. ¿Qué mayor va-

nidad y locura que alabados los hombres sin sentirlo ellos así? Y que muchas veces os alaban de lo que hicisteis mal, y de lo que á ellos les pareció mal; y el donaire es, que á los otros ya les han dicho la verdad de lo que sienten, sino que con vos, á trueque de contentaros, unas veces no se les da nada de mentir, y otras buscan rodeos para sin mentir poder alabar y decir bien de lo que les pareció mal. Es que os tratan como á loco condescendiendo con vos: entiende el otro que vos teneis ese humor, y que os holgais de ser tratado de esa manera, y que el mejor bocado de la comida, despues que habeis predicado ó hecho otra cosa semejante, es decir que salió muy bien, y que quedaron todos muy contentos; y por eso os trata así, para teneros contento, y ganaros la voluntad, que por ventura os ha menester. Y de lo que sirve eso es de haceros mas loco, porque os alaban de lo que dijisteis ó hicisteis mal, y quedais mas confirmado para hacerlo otra vez. No se atreven los hombres el dia de hoy á decir lo que sienten, porque saben que las verdades amargan: *Veritas odium parit*; y saben que así como el que está loco y frenético resiste á las medicinas, y escupe al médico que le quiere curar, así el soberbio resiste al aviso y á la correccion. Y por eso no quieren los hombres decir al otro lo que saben que no le ha de hacer buen estómago, porque nadie quiere buscar ruido por

sus dineros; antes le dan á entender que les parece bien lo que les parece mal; y el otro está tan pagado de sí, que lo cree. De donde se verá tambien lo que decíamos en el capítulo pasado, cuán grande vanidad y locura sea hacer caso de las alabanzas de los hombres; pues sabemos que el dia de hoy todo es cumplimiento, engaño, lisonja y mentira, que aun ellos interpretan así el nombre cumplimiento: cumpro y miento para cumplir.

Mas los soberbios, dice san Crisóstomo, son aborrecidos de todos: de Dios primeramente, como dice el Sábio: *Abominatio Domini est omnis arrogans*. Prov. xvi, v. 5. Todo hombre arrogante y soberbio es abominacion delante de Dios. Y de siete cosas que aborrece Dios, la primera pone la soberbia: *Oculos sublimes*. Prov. vi, v. 7. Pero no solo de Dios, sino tambien de los hombres, son aborrecidos: *Odibilis coram Deo est, et hominibus superbia*. Eccli. x, v. 7. *Et sicut eructant præcordia fetentium, sic et cor superbiorum*. Eccli. xi, v. 32. Así como los que tienen los hígados y entrañas dañadas echan un olor muy malo de sí, que no hay quien lo sufra, así son los soberbios. El mismo mundo les da aquel pago de su soberbia, castigándoles en lo mismo que ellos pretendian, porque todo les sale muy al revés: ellos pretenden ser tenidos y estimados de todos, y vienen á ser tenidos por locos. Ellos pretenden

ser queridos de todos, y viene á ser al revés. De todo el mundo es aborrecido el soberbio: de los mayores, porque se les quiere igualar; de los iguales, porque los quiere sobrepujar; de los menores, porque quiere mas de lo que es razon. Aun los criados dicen mal de su amo cuando es soberbio, y no lo pueden sufrir: *Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia*. Prov. xi, v. 2. Por el contrario, el humilde es tenido y estimado, querido y amado de todos. Así como los niños por su bondad, inocencia y simplicidad son muy amables; así, dice el glorioso san Gregorio, l. 7 Mor., c. 23, lo son los humildes, porque aquella simplicidad y llaneza en las palabras y en la manera de tratar sin fingimiento y doblez, roba el corazon. Es piedra iman la humildad que trae á sí los corazones: todos parece que querrian meter en las entrañas al humilde.

Para que nos acabemos de persuadir que es locura el andar deseando y procurando la estima y opinion de los hombres, hace san Bernardo, serm. 1 de Nativ., un dilema muy bueno, y que concluye: Ó fue locura la del Hijo de Dios en abatirse y apocarse tanto, y escoger menosprecio y deshonra; ó es gran locura nuestra en desear tanto la honra y estimacion de los hombres. No fue locura la del Hijo de Dios, ni lo pudo ser, aunque al mundo le pareció tal, como dice san Pablo: *Nos autem prædicamus Christum crucifixum: Judæis*

quidem scandalum, Gentibus autem stultitiam: ipsis autem vocatis Judæis, atque Græcis Christum Dei virtutem, et Dei sapientiam. I ad Cor. i, v. 23. Á los ciegos y soberbios gentiles paréceles locura la de Cristo; pero á nosotros, que tenemos luz de fe, paréceenos suma sabiduría y amor infinito. Pues si aquella fue suma sabiduría, luego la nuestra es locura, y nosotros somos los locos en hacer tanto caso de la opinion y estima de los hombres y de la honra del mundo.

CAPÍTULO XXI.

Que el camino cierto para ser uno tenido y estimado de los hombres es darse á la virtud y á la humildad.

Si con todo lo que habemos dicho no acabais de dejar los humos, y perder los brios y deseos de honra y estimacion, sino que decís que al fin es gran cosa tener buen crédito y opinion cerca de los hombres, y que importa eso mucho para la edificacion y para otras cosas, y que el Sábio nos aconseja que tengamos cuidado de esto: *Curam habe de bono nomine*, Eccli. xli, v. 15; digo que sea en buena hora, yo soy contento que tengais cuidado de conservar el buen nombre que teneis, y de que seais tenido y estimado en mucho de los hombres. Pero hágoos saber